

MÁRTIRES DE LA REVOLUCIÓN¹

Lo que ocurrió en aquellos días de septiembre de 1792 en París —en pleno torbellino de la Revolución Francesa— no fue sólo un episodio de violencia política: fue, en muchos sentidos, una escena profundamente humana, donde el miedo, el odio, la fe y la fidelidad se encontraron cara a cara.

El antiguo convento de los Carmelitas, en la calle Vaugirard de París, había dejado de ser un lugar de silencio y oración. Sus muros, que antes habían escuchado salmos y contemplación, ahora contenían angustia, incertidumbre y espera. Allí estaban hacinados más de un centenar de sacerdotes, obispos y religiosos. Su 'delito' era sencillo y, al mismo tiempo, gravísimo para la nueva lógica revolucionaria: no habían querido jurar fidelidad a la Constitución Civil del Clero. Habían elegido obedecer a su conciencia y a la Iglesia antes que al Estado.

Desde hacía días se percibía que algo iba a suceder. En la ciudad se respiraba un aire denso, cargado de sospecha. Francia estaba en guerra, los rumores de traición corrían como fuego, y el miedo colectivo se transformaba fácilmente en violencia. Bastaba una chispa. Y la chispa llegó.

El 2 de septiembre, la multitud irrumpió. No era un ejército organizado, sino una turba encendida por el temor y la propaganda, convencida de que dentro de esos muros había enemigos del pueblo. El convento fue invadido. El orden desapareció. Comenzó entonces una especie de rito terrible.

Uno a uno —o en pequeños grupos— los prisioneros eran conducidos ante el juez. No había defensa. Sólo una pregunta, repetida mecánicamente, como una fórmula: "¿Juras la Constitución?" Era una pregunta que no buscaba respuesta, buscaba una condena. La mayoría respondía con un 'no' sereno, firme, a veces apenas susurrado. Y ese 'no' era



suficiente. Entonces se los sacaba al jardín y caían sobre ellos.

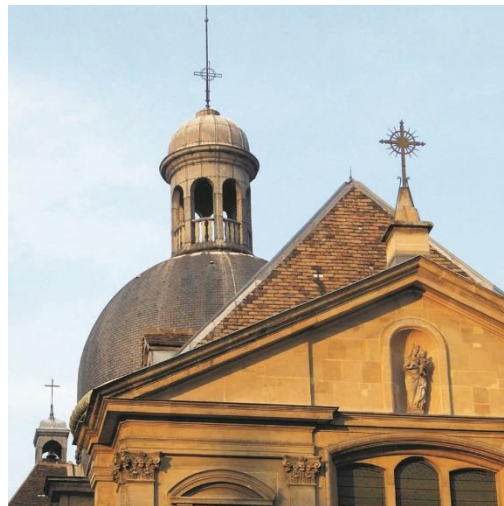
No hubo fusilamientos ni procedimientos formales. Fue un estallido brutal: sables, picas, cuchillos, bayonetas. Golpes desordenados, cuerpos que caían, gritos que se apagaban. Algunos morían de inmediato; otros eran rematados en el suelo. El jardín, que alguna vez fue lugar de



¹G.D. *L'Univers*

recogimiento, se convirtió en un campo de sangre. Los cuerpos se amontonaban mientras el ciclo se repetía con el siguiente.

Y, sin embargo, en medio de esa violencia desatada, ocurrió algo desconcertante. Los testigos hablan de una paz que no encajaba con la escena. Muchos de los sacerdotes no resistieron con odio ni con desesperación. Esperaban, rezaban, se preparaban. En las salas previas al jardín, se escuchaban salmos, letanías, el Credo recitado en común. Algunos se daban mutuamente la absolución, como si cada uno fuera, al mismo tiempo, sacerdote y penitente. Había quienes caminaban hacia la muerte cantando el *Te Deum* o el *Miserere*. No era resignación pasiva. Era algo más profundo: una aceptación consciente, casi luminosa. Algunos, antes de morir, pronunciaban palabras de perdón hacia quienes los mataban. No todos los verdugos podían sostener esa mirada. Hay relatos de hombres de la turba que vacilaron, que quedaron perturbados por esa serenidad que no comprendían.



Durante horas, la escena se repitió. Más de cien vidas se extinguieron allí, en un ritmo implacable. Cuando todo terminó, el silencio volvió... pero ya no era el mismo silencio que antes habitaba ese convento.

¿Por qué ocurrió? Porque el miedo puede volverse feroz cuando se alimenta de sospechas. Porque una revolución, cuando pierde su medida, puede devorar incluso a quienes no levantan armas. Porque en aquel momento, cualquier fidelidad que no fuera absoluta al nuevo orden era vista como traición.

Pero también ocurrió algo más. En medio de la violencia, esos hombres dejaron un testimonio que atravesó el tiempo, el de una fe que no se negocia, el de una conciencia que no se vende, el de un perdón ofrecido cuando todo invita al odio. Por eso, la Iglesia los recuerda como los Mártires de septiembre. Y por eso, siglos después, Pío XI los beatificó en 1926, no por la violencia que sufrieron, sino por la forma en que la atravesaron.

Hay escenas que la historia cuenta como hechos. Y hay otras, como esta, que siguen hablando, contándonos hasta qué punto puede llegar el odio y hasta donde el amor y la fidelidad.

